



**UNA BREVE HISTORIA DE LA
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL**

EL EFECTO HITLER

JUAN PABLO FUSI


ESPASA

JUAN PABLO FUSI

EL EFECTO HITLER

**UNA BREVE HISTORIA DE LA
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL**



ESPASA

© Juan Pablo Fusi, 2015
© Espasa Libros, S. L. U., 2015

Mapas: Luis Doyague

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Depósito legal: B. 268-2015
ISBN: 978-84-670-4331-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
1. ORÍGENES DE LA GUERRA: EUROPA EN CRISIS	13
La ilusión de la paz	14
Europa en crisis: la dictadura	17
El camino a la guerra	23
2. LA GUERRA RELÁMPAGO (1939-1940)	33
La destrucción de Polonia	34
La caída de Francia	36
La batalla de Inglaterra: Churchill	43
3. LA GUERRA EN EL MEDITERRÁNEO	49
La guerra paralela	52
Grecia y los Balcanes	55
El valor del Mediterráneo	59
4. GUERRA MUNDIAL	65
La guerra en Rusia	66
La guerra en Asia	73
Estados Unidos y la guerra	83

ÍNDICE

5.	LA EUROPA DE HITLER	87
	El Nuevo Orden	87
	El Holocausto	91
	España y el orden europeo de Hitler	97
6.	EL EQUILIBRIO MILITAR	105
	El Pacífico	107
	El Alamein	110
	Stalingrado	118
7.	EL PUNTO DE INFLEXIÓN	127
	La guerra en Italia	129
	Victorias en Rusia	139
	Avance sobre Filipinas y Japón	142
8.	EL DÍA D: LA LIBERACIÓN DE FRANCIA	147
	El repliegue de Alemania	148
	El desembarco de Normandía	152
	La liberación de París	161
9.	EL HUNDIMIENTO DEL EJE	169
	Victoria aplazada	169
	El último contrataque	176
	Contraofensiva en Asia: Birmania, Filipinas	180
10.	VICTORIA	193
	Muerte de Mussolini	195
	El fin del Tercer Reich	199
	Victoria en Japón	208
11.	CONSECUENCIAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	217
	El horror	217
	El nuevo orden	223

ÍNDICE

Guerra fría	228
El fin de la era europea	236
12. GUERRA Y MEMORIA	245
EPÍLOGO	259
CRONOLOGÍA	263
BIBLIOGRAFÍA	273
ÍNDICE ONOMÁSTICO	281

1

ORÍGENES DE LA GUERRA: EUROPA EN CRISIS

La Segunda Guerra Mundial fue una guerra necesaria. No fue una guerra civil europea; fue un conflicto de poder entre estados nacionales por el equilibrio mundial. Lo que hizo la guerra necesaria, si no inevitable, fue —por parafrasear lo que Tucídides dijo sobre las causas de la guerra del Peloponeso— el desafío al orden internacional del poderío alemán, japonés e italiano, y el temor que ello produjo en el resto del mundo. La Alemania nazi, la Italia fascista y el Japón imperial no querían simplemente revisar el Tratado de Versalles y el orden internacional nacido en 1919-1920, en la Conferencia Internacional de Paz de París, esto es, en los acuerdos —Versalles y otros— que pusieron fin a la Primera Guerra Mundial (1914-1918); querían crear un nuevo orden mundial basado, no en principios de seguridad colectiva y equilibrio internacional, sino en teorías y visiones de dominio, y superioridad racial y militar. Concretamente, Hitler y el nazismo alemán aspiraban a la implantación de un nuevo orden germánico fundado en criterios de absoluta pureza racial —lo que desde su perspectiva exigía la aniquilación del pueblo judío—, a través de la creación de un *espacio vital* para Alemania en el este de Europa y la destrucción en aquella

inmensa región del «judeobolchevismo», esto es, de la Unión Soviética.

«Hitler trajo esta barbarie», escribió en la versión norteamericana de su libro *Piloto de guerra* (1942) el escritor Saint-Exupéry, tesis en gran medida válida que sin duda suscribió buena parte del mundo que vivió y sufrió la guerra. El «factor Hitler» fue la causa principal, directa, efectiva, de la guerra mundial. Pero como inmediatamente veremos, hubo otros factores de explicación: antecedentes necesarios, causas complementarias, razones circunstanciales. La Segunda Guerra Mundial fue, por resumir, el resultado de una sucesión acumulativa de crisis y conflictos de naturaleza y significación muy diversos —diplomáticos, territoriales, militares, políticos, ideológicos, sociales, económicos— y siempre complejos (en parte, herencia de los acuerdos de paz de 1919; en parte, resultado de la nueva situación surgida entre 1919 y 1939) que terminaron por destruir el orden creado en 1919.

LA ILUSIÓN DE LA PAZ

El resultado último fue, evidentemente, catastrófico. La decepción fue, además, enorme. El esfuerzo que por cimentar una paz duradera se hizo en la Conferencia Internacional de París fue extraordinario. Los vencedores (Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Italia) rehicieron literalmente el mundo. La Primera Guerra Mundial supuso la desaparición de los viejos imperios dinásticos y autocráticos, los imperios ruso, alemán, austrohúngaro y otomano, y la aparición, con la creación en 1920 de la Sociedad de Naciones, de un nuevo orden internacional basado en el principio de diplomacia democrática y abierta.

Mucho de lo que se hizo fue, sin duda, polémico y censurable, y probablemente erróneo, una invitación al conflicto. El Tratado de Versalles obligó a Alemania, ahora la República de Wei-

mar, a la que impuso cuantiosas reparaciones de guerra, a devolver Alsacia y Lorena a Francia, a renunciar a sus colonias, y a ceder parte de sus territorios del este a la nueva Polonia (y Schleswig a Dinamarca). Dánzig, ciudad de mayoría alemana en territorio polaco, fue declarada ciudad libre, y se trazó un pasillo entre Dánzig y la frontera alemana para permitir el acceso de Polonia al mar, cortando así Prusia oriental del resto de Alemania. El tratado prohibía, además, expresamente a Alemania la unión con Austria. La región del Sarre quedó bajo administración de la Sociedad de Naciones y ocupación francesa hasta 1935; la del Rin, ocupada también por fuerzas aliadas, fue desmilitarizada. Hungría (20 millones antes de la guerra) perdió dos terceras partes de su territorio y quedó reducida a un pequeño país de 8 millones de habitantes (y Austria, a una modesta república de 6 millones). Bulgaria tuvo que ceder la Dobrudja del sur a Rumanía, y Tracia occidental, a Grecia (y perdió así acceso directo al Mediterráneo).

Pero mucho de lo acordado fue también necesario, oportuno, un acierto histórico. Se reconstruyó Polonia. El puerto de Memel fue entregado, bajo control internacional, a Lituania. Se crearon como países nuevos Checoslovaquia y el reino de Yugoslavia (Serbia, Croacia, Eslovenia y Bosnia-Herzegovina). Finlandia, Lituania, Letonia y Estonia fueron reconocidos como países independientes. Alsacia y Lorena fueron reintegradas, como se ha indicado, a Francia. El sur del Tirol (Trento), Trieste y la península de Istria —excluyendo el puerto de Fiume (Rijeka)— pasaron a Italia. Galitzia y parte de la Alta Silesia quedaron incorporadas a la nueva Polonia. Transilvania, región exhúngara, y Bucovina fueron entregadas a Rumanía. Las regiones árabes del Imperio otomano adquirieron perfil propio, preludio de su inmediata independencia: Siria y el Líbano fueron reconocidos como mandatos de Francia, e Irak, Transjordania y Palestina, de Gran Bretaña.

Más aún, pese a las inmensas dificultades que en todas partes tuvo la inmediata posguerra —fuertes crisis inflacionarias,

acusada inestabilidad monetaria, huelgas generales, violentos conatos revolucionarios (por ejemplo, en Berlín, Múnich y Hungría en 1919), intensa agitación laboral (Italia, septiembre de 1920)—, la paz trajo consigo avances democráticos. Casi todas las Constituciones de los nuevos países creados tras la guerra fueron textos, como la Constitución alemana de 1919, impecablemente democráticos. Muchos países introdujeron a partir de 1919 el sufragio femenino o formas de representación proporcional en las elecciones. Los Gobiernos asumirían en todas partes la gestión de la economía, del empleo y de la seguridad social: la jornada laboral de ocho horas, por ejemplo, fue acordada en numerosísimos países en 1919. Los partidos de masas avanzaron electoralmente en todas partes. La socialdemocracia apareció en muchos puntos (Gran Bretaña, Suecia, Noruega, Alemania, Dinamarca) como fuerza de gobierno. El laborismo, el partido de los sindicatos, desplazó desde 1918 en Gran Bretaña al liberalismo como segunda fuerza política del país: los laboristas gobernaron en 1924 (en minoría) y en 1929-1931. Con Baldwin como líder desde 1923 (y primer ministro de 1924 a 1929), el partido conservador dejó de ser el partido de las clases dirigentes para ser un partido de sectores de todas las clases sociales británicas: el Gobierno Baldwin de 1924-1929 rebajó la edad de jubilación a los 65 años, concedió el voto a las mujeres mayores de 21 años, extendió la cobertura del seguro de desempleo y nacionalizó la electricidad y la radio (BBC). Bélgica y Holanda, países donde en los años veinte se introdujeron importantes leyes sociales (seguridad social, pensiones de jubilación), evolucionaron decididamente hacia sistemas políticos pluralistas. La misma República alemana de Weimar pareció haber logrado entre 1924 y 1929 la normalidad y la estabilidad democráticas. En España se proclamó en 1931 la República, la primera experiencia plenamente democrática del país.

La recuperación económica que el mundo, y Europa, experimentó entre 1924 y 1929, que hizo que la vida social y la situa-

ción internacional mejoraran sensiblemente, creó incluso por unos años la ilusión de la paz, un nuevo clima favorable a la cooperación y a la solución negociada de conflictos y tensiones, materializado en el llamado «espíritu de Locarno» (por los acuerdos suscritos en esa localidad suiza en octubre de 1925 por distintos países europeos confirmando la inviolabilidad de las nuevas fronteras europeas y la desmilitarización de Alemania) y en el Pacto Briand-Kellogg de 1928, por el que Gran Bretaña, Francia, la Italia fascista, Estados Unidos y Japón renunciaban a la guerra como forma de resolver los conflictos, pacto que ratificaron luego un total de sesenta y dos países. Francia, especialmente, trabajó tenazmente por reforzar el papel internacional de la Sociedad de Naciones. Briand, su ministro de Exteriores (1925-1932), hizo, con el apoyo de su colega alemán Streseman (ministro de 1923 a 1929), de la reconciliación franco-alemana el principio fundamental para lograr una paz duradera en Europa y en el mundo: en septiembre de 1929, propuso ante la Sociedad de Naciones la creación de una unión federal de los pueblos europeos y entregó un borrador o memorándum con su propuesta a las distintas cancillerías europeas. Un hecho fue cierto: la amenaza de una nueva guerra mundial no terminó de concretarse de forma inequívoca hasta 1935.

EUROPA EN CRISIS: LA DICTADURA

Los problemas eran, sin embargo, extraordinarios. La estabilidad política en la Europa de la posguerra habría necesitado que los valores y la cultura democráticos estuvieran sólidamente enraizados en la conciencia popular. Eso fue lo que la Gran Guerra —una gigantesca catástrofe humana y demográfica (10 millones de muertos y cerca de 30 millones de heridos)— había destruido: el optimismo y la fe en la idea de progreso y en la capacidad de la sociedad occidental para garantizar de forma ordenada la convi-

vencia y la libertad civil. Europa, concretamente, parecía haberse quedado sin moral. Incertidumbre, pesimismo, perplejidad (nostalgia por un tiempo desvanecido, en el caso de la literatura de Proust) eran el signo definidor de muchas manifestaciones —de las más interesantes— de la vida cultural de la posguerra: del teatro de Pirandello, de la poesía de T. S. Eliot (*Tierra baldía*, 1922), de la literatura de Joyce (*Ulises*, 1922) y Kafka (*El proceso*, *El castillo*, publicadas en 1925 y 1926), de la cultura —teatro, cine, pintura, novela— de la República de Weimar. *La montaña mágica* (1924) de Thomas Mann, una de las grandes novelas de los años veinte, tal vez la más sustantiva de todas ellas, era la metáfora de una Europa enferma y en decadencia.

Spengler, en *La decadencia de Occidente* (1918-1922), y Toynbee, en *Estudio de la historia*, cuyos seis primeros volúmenes aparecieron entre 1934 y 1939, propusieron como explicación visiones cíclicas sobre la formación, crecimiento y decadencia de las civilizaciones: visión morfológica y biológica en Spengler, que sostenía que toda civilización tenía un ciclo vital que culminaba en su extinción, y que se asistía ahora al agotamiento vital de la civilización occidental; visión cultural, moralizante, en Toynbee, que argumentaba que las civilizaciones morían cuando, como a su juicio ocurría en Europa, desaparecían el poder creador de las minorías y la sumisión de las mayorías. Para Ortega y Gasset, en *La rebelión de las masas* (1930), la razón estaba en la aparición de las masas —consecuencia de los cambios sociales y la elevación del nivel de vida que venían produciéndose—, en la irrupción del hombre-masa, el tipo social nuevo (gregario y sin moral) que dominaba ahora la vida social. Algo capital le había ocurrido al hombre contemporáneo, escribía Karl Jaspers en *Ambiente espiritual de nuestro tiempo* (1931): nada era ya firme, todo resultaba problemático y sometido a transformación; era general la sensación de ruptura frente a toda la historia anterior: el mismo torbellino de la vida —concluía— hacía imposible conocer lo que verdaderamente ocurría.

Nada era, en efecto, firme. En Rusia, la Primera Guerra Mundial había provocado la caída del zarismo y el triunfo, en octubre de 1917, de la revolución bolchevique; creó, paralelamente, el clima político y social que hizo posible la llegada del fascismo al poder en Italia en 1922 y en Alemania en 1933. Algunos conflictos que estallaron en la inmediata posguerra —ocupación de Fiume por ultranacionalistas italianos (1919-1921), guerra ruso-polaca (abril-octubre 1920), guerra entre Grecia y Turquía (1919-1922), disputa polaco-lituana sobre Vilna— mostraron ya, tempranamente, que el nuevo orden creado en París en 1919 había nacido bajo el signo de la inestabilidad. Las nuevas naciones del centro y este de Europa, especialmente, nacieron condicionadas por el doble peso de la herencia de la guerra (gravísimos daños materiales, fuerte endeudamiento exterior, inflación, inestabilidad monetaria, pago de reparaciones en el caso de los países derrotados, sostenimiento de excombatientes, viudas y huérfanos, desempleo) y por las casi insalvables dificultades que los problemas de tipo étnico y los conflictos fronterizos plantearían en cada caso a la propia construcción nacional. El nacionalismo, la violencia revolucionaria, el totalitarismo fascista y comunista, y las filosofías irracionistas adquirieron una vigencia social extraordinaria. Parte considerable de la sociedad confiaría en adelante en soluciones políticas de naturaleza autoritaria: entre 1922 y 1940, en efecto, la dictadura triunfó en Rusia, Italia, España, Albania, Portugal, Polonia, Lituania, Yugoslavia, Alemania, Austria, Letonia, Estonia, Bulgaria, Grecia y Rumanía.

Regímenes de inspiración, por lo general, conservadora y casi siempre nacionalista —con la excepción del régimen soviético—, las dictaduras quisieron establecer, ante el aparente fracaso de las democracias, un nuevo tipo de orden político autoritario y estable como base del desarrollo «nacional» de sus respectivos países. Respondieron, y eso era lo grave, a la necesidad de gobiernos fuertes y de afirmación nacional que las masas europeas, cada vez más nacionalizadas, parecieron requerir en una época de crisis intensa

y generalizada. El régimen soviético, el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán negaban la esencia misma de lo que se creía era Europa: desde legitimidades distintas (revolución proletaria, en el régimen soviético; ultranacionalismo, en los regímenes fascista y nazi), aspiraron a la plena centralización del poder y al total encuadramiento y control de la sociedad por el Estado, a través del uso sistemático de la represión y la propaganda.

La revolución bolchevique, en efecto, derivó enseguida en un régimen dictatorial de partido único, el Partido Comunista de la Unión Soviética. Dictadura y represión no fueron desviaciones del proyecto revolucionario; fueron elementos vertebradores de la revolución y, en buena medida, sus verdaderos catalizadores. Stalin (1879-1953), secretario general del Partido desde 1922 y hombre fuerte del país entre 1924 y 1953, significó el triunfo del *socialismo en un solo país*, una concepción nacionalcomunista de la revolución que planteaba, como sus primeros objetivos, la consolidación y defensa de la revolución soviética, la transformación económica del país (industrialización acelerada, colectivización forzosa de la agricultura, planificación económica) y la subordinación de la política comunista internacional a los intereses de la Unión Soviética. Los resultados fueron impresionantes. En 1939, la URSS era ya el tercer país industrial del mundo; en 1941, la agricultura estaba prácticamente colectivizada. Pero el coste humano y político de la transformación fue también formidable. El régimen estalinista conllevó la implantación sistemática y planificada del terror. La colectivización supuso la deportación o liquidación de unos diez millones de personas. La misma cantidad fue represaliada de alguna forma en las purgas de los años 1934-1941: de ellas, unos tres millones fueron ejecutadas y otras tantas murieron en campos de concentración. Seis millones más perecieron en las purgas de 1944-1946, y otro millón entre 1947 y 1953.

El régimen fascista italiano, que Mussolini (1883-1945), el creador del movimiento en 1919, encabezó entre 1922 y

1943/1945, se concretó, a su vez, en cuatro cosas: en una dictadura fundada en la concentración del poder en el líder máximo del partido y de la nación (Mussolini); en una amplia obra de encuadramiento y adoctrinamiento de la sociedad a través de la propaganda, de la acción cultural, de las movilizaciones ritualizadas de la población y de la integración de esta en organismos estatales creados a aquel efecto; en una política económica y social basada en el decidido intervencionismo del Estado; en una política exterior ultranacionalista y agresiva, encaminada a afianzar el prestigio internacional de Italia y a reforzar su posición «imperial» en el Mediterráneo y África. El fascismo suprimió las libertades políticas y sindicales y prohibió los partidos y las huelgas. Se configuró como un Estado corporativo, en el que confederaciones patronales y obreras quedaron integradas unitariamente bajo la dirección del Estado al servicio de los intereses de la colectividad. Grandes inversiones públicas en obras de infraestructura —pantanos, autovías, electrificación del ferrocarril— y la creación de un gran sector público (tras la constitución en 1933 del Instituto para la Reconstrucción Italiana) hicieron del Estado el principal inversor industrial del país.

El régimen nacionalsocialista alemán —que llegó al poder en enero de 1933 tras la victoria en las elecciones de 1932 del partido nazi (Partido Nacional-Socialista de los Trabajadores Alemanes, NSDAP), que capitalizó las debilidades estructurales de la República de Weimar y el impacto que en Alemania tuvo la crisis económica de 1929 (ruptura del equilibrio político y económico del país, seis millones de parados, profunda polarización política y social, inseguridad económica extrema)— fue la versión radical, absoluta, del totalitarismo de la ultraderecha nacionalista. Hitler (1889-1945), líder y encarnación del nacionalsocialismo, representaba igualmente un hecho nuevo y, a su manera, revolucionario. Una Ley de Plenos Poderes (23 marzo 1933) le convirtió virtualmente en dictador de Alemania. El partido nazi fue declarado partido único del Estado: centenares de dirigentes socialistas y

comunistas, cuyos partidos fueron ilegalizados, fueron enviados a campos de concentración. Los sindicatos de clase fueron prohibidos y se crearon en su lugar sindicatos oficiales, como el Frente de los Trabajadores Alemanes; la huelga y la negociación colectiva fueron prohibidas. En 1934, Hitler disolvió los parlamentos regionales y el Reichsrat, la cámara de representación regional. En agosto, asumió la Presidencia de Alemania (aunque usaría siempre el título de Führer), tras un plebiscito clamoroso en que logró el 88% de los votos.

Los nazis hicieron un uso excepcionalmente intensivo de los mecanismos totalitarios de control social (policía, propaganda, educación, producción cultural). El primer campo de concentración para prisioneros políticos se abrió el 20 de marzo de 1933, antes de transcurridos dos meses de la llegada de Hitler al poder. En 1936, con la integración de todas las fuerzas policiales y parapoliciales (SS, Gestapo o Policía secreta, Policía de seguridad, Policía criminal, Policía política) bajo un mando unificado, la Alemania hitleriana se convirtió en un estado policíaco. El número de presos políticos era en 1939 de 37.000. Los nazis establecieron un rígido control sobre prensa, radio y todo tipo de manifestación cultural, e hicieron de la propaganda —mítines de masas, desfiles ritualizados, coreografías colosalistas— el instrumento complementario del terror en la afirmación del poder absoluto de Hitler y su régimen. Las bibliotecas, la educación, la universidad fueron depuradas. La educación quedó en manos de profesorado nazi. Los jóvenes fueron obligados a afiliarse a las Juventudes Hitlerianas. El sistema judicial quedó subordinado al poder arbitrario de la policía. Hitler controló igualmente el ejército. En febrero de 1938, asumió el mando de las fuerzas armadas: se exigió a los militares un juramento de lealtad a su persona. Las iglesias protestantes fueron puestas bajo control del Estado y del partido; la Santa Sede firmó con el régimen nazi un concordato en julio de 1933 (aunque el catolicismo era para los nazis una religión no nacional). El arte de vanguardia fue considerado como un arte

degenerado. Los espectáculos de masas en grandes estadios, en explanadas al aire libre, con uso abundante de recursos técnicos novedosos (luz, sonido, rayos luminosos), alcanzaron una perfección efectista sin precedentes. El régimen nazi hizo de los Juegos Olímpicos de 1936, celebrados en Berlín, una verdadera exaltación de la raza aria, de Alemania y de Hitler.

El antisemitismo fue la esencia misma del régimen nazi. El 1 de abril de 1933 se decretó el boicot a los comercios judíos. Seis meses después, una ley excluyó a los judíos de toda función pública. El 15 de septiembre de 1935, el régimen proclamó las leyes de Núremberg, leyes racistas que privaban a los judíos de la nacionalidad alemana y les prohibían el matrimonio y aun las relaciones sexuales con los alemanes: quinientas mil personas quedaron de inmediato privadas de la nacionalidad. En la noche del 7 al 8 de noviembre de 1938, «la noche del cristal», o de «los cristales rotos», sinagogas, comercios y propiedades judías fueron asaltadas e incendiadas en toda Alemania: 91 personas fueron, además, asesinadas; unos 20.000 judíos fueron represaliados y sancionados. De momento, se trataba de provocar la emigración masiva de los judíos. Luego, en 1941, comenzó el horror, una nueva fase de represión que culminaría en la ejecución de unos seis millones de judíos en el Holocausto, la solución final.

EL CAMINO A LA GUERRA

Europa, en efecto, no era ya igual a liberalismo, derechos del individuo y del ciudadano, libertades y democracia. Europa era, además, cada vez más cuestionada en sus propios imperios coloniales. La Primera Guerra Mundial provocó el despertar nacionalista de los pueblos de Asia y África. En la India, Gandhi promovió en 1919, 1922, 1930, 1933 y 1942 amplias campañas de desobediencia civil y resistencia pasiva contra el poder británico. En Oriente Medio, el nacionalismo árabe rechazó la fórmula de

mandatos de Francia (Siria y el Líbano) y Gran Bretaña (Transjordania, Irak y Palestina), y consideró como una traición la declaración británica de 1917 que prometía la creación de un «hogar judío» en Palestina. En Marruecos, la rebelión anticolonial contra España en las montañas del Rif derivó desde 1921 en una amplia acción guerrillera que solo pudo ser dominada en 1925-1927 tras una operación militar a gran escala de los ejércitos español y francés. Gran Bretaña optó en Egipto por establecer (1923) una monarquía constitucional, y retener solo Suez y Sudán. Francia se encontró igualmente con creciente oposición en Túnez y Argelia, y en Asia, en Indochina.

La crisis económica que, precipitada por la debacle económica norteamericana (contracción de la demanda y del consumo, caída de los precios agrarios, reducción de la oferta monetaria, subida de los tipos de interés, caída de la inversión y de las expectativas inversoras, colapso de la Bolsa de Nueva York, venta precipitada de millones de acciones), se extendió por todo el mundo a partir de octubre de 1929 tuvo además, y enseguida, efectos devastadores: contracción del comercio mundial, caída de exportaciones, pánicos financieros y bursátiles, paralización de la producción industrial y agraria, políticas arancelarias fuertemente proteccionistas, abandono del patrón oro, impagos generalizados de deuda exterior, reducción de jornadas de trabajo, recortes salariales, desempleo masivo (13,7 millones de parados en Estados Unidos; 6 millones en Alemania; 2,8 millones en Gran Bretaña, cifras comparativamente similares en numerosos países). Con excepciones —elección del candidato demócrata Roosevelt en las elecciones norteamericanas de noviembre de 1932; formación de un Gobierno nacional (1932-1935) de laboristas, conservadores y liberales bajo la presidencia de MacDonald en Gran Bretaña—, la crisis fue la razón principal del giro a la derecha que pudo observarse en muchos países a partir de 1932. Aunque las medidas que se aplicaron como respuesta —el *New Deal* de Roosevelt en Estados Unidos, un plan general de empleo y reac-

tivación económica; políticas deflacionistas y de austeridad en Europa— pudieron dar ya frutos a partir de 1933, la inseguridad, la violencia y la tensión volvieron a caracterizar las relaciones internacionales. La llegada de Hitler al poder, en enero de 1933, fue, por lo que ya se ha dicho, particularmente alarmante. La Alemania nazi llevaba en su interior —en la naturaleza paramilitar del partido y el tipo especial de liderazgo de Hitler, en sus objetivos, la violencia represiva, el uso formidable de la propaganda— la semilla de un conflicto inevitable: la mezcla atropellada de nacionalismo fanático, fantasías racistas pangermánicas, antisemitismo patológico, voluntad de dominio mundial y simplificaciones geopolíticas que definían al nacionalsocialismo hacían imposible su acomodación en el orden internacional creado a partir de 1919.

En cualquier caso, la depresión económica, la llegada de los nazis al poder y la conflictividad internacional destruyeron el espíritu de Locarno y las ilusiones de los años veinte. A lo largo de los años treinta, la guerra reapareció como factor principal de las relaciones internacionales. El poder creciente de Japón —un país rapidísimamente industrializado y modernizado entre 1868 y 1912 y convertido en una creciente potencia militar, que antes de 1914 se había anexionado Taiwán, parte de Manchuria y Corea— amenazaba el orden asiático. El militarismo japonés creía fanáticamente en el destino de Japón como líder militar e ideológico de la rebelión antioccidental en Asia, en la idea de un imperio japonés revolucionario, militar y nacionalsocialista, donde el poder de los partidos políticos —que se alternaron en el gobierno del país hasta 1937— y de los grandes consorcios industriales y financieros que habían ido surgiendo le fuese restaurado al emperador como encarnación sagrada del Japón. Gobernado en los años veinte y treinta por gobiernos débiles y muchas veces no parlamentarios, en una situación política cada vez más deteriorada por el faccionalismo político y militar (tres primeros ministros fueron asesinados en esos años; hubo, además, varios intentos de

golpe militar), Japón era en los años treinta una especie de fascismo militar desde arriba: su política exterior aparecía cada vez más condicionada por las exigencias de la guerra y de la expansión militar en el continente. En 1931, tras un atentado contra sus tropas en Mukden (hoy Shenyang) en el norte de China, Japón ocupó Manchuria y creó (1932) el estado títere de Manchukuo. En julio de 1937, tras un choque entre tropas japonesas y chinas en las cercanías de Pekín, atacó e invadió China. Sus tropas, unos setecientos cincuenta mil hombres, ocuparon Pekín, Tianjín y gran parte de China septentrional; atacaron, ya en agosto, Shanghái, bombardearon numerosas ciudades y tomaron (13 de diciembre) Nankín, la capital desde 1928 de la China nacionalista de Chiang Kai-shek (1887-1975), donde masacraron atrocemente a unas doscientas mil personas. Como estado nacional, China, el régimen de Chiang, que desde 1937 contaba con el apoyo —débil, inestable y condicionado— de los comunistas, fuertes en el noroeste del país, se replegó a las provincias del interior y del centro, con capital en Chongqing (Sichuan). La ofensiva japonesa pareció detenerse; combates a gran escala entre tropas de ambos países estallaron, sin embargo, esporádicamente en 1938 y 1939. En noviembre de 1938, Japón proclamó lo que llamó el «Nuevo Orden en Asia». Como parte del mismo, en 1940 creó, en la China ocupada, el Gobierno Reformado de la República China (1940-1944), con capital en Nankín, en realidad otro estado satélite, encabezado por Wang Jingwei, que comprendía, sin embargo, que era lo que importaba, un vasto territorio continental.

La crisis de Manchuria de 1931-1933 creó un gravísimo precedente: la incapacidad de la Sociedad de Naciones para hacer efectivo el principio de la seguridad colectiva mediante sanciones a Japón validó en la práctica el derecho de la fuerza. El triunfo de Hitler en Alemania fue aún más grave: significaba la denuncia del Tratado de Versalles, el rearme alemán, la idea del *Anschluss*, o unión con Austria, una amenaza cierta sobre los Sudetes, el enclave alemán en Checoslovaquia, y sobre Dánzig,

puerto también alemán enclavado desde 1919, como se indicó, dentro de territorio polaco, y aun la posibilidad de que Alemania buscara para sí un «espacio vital» (*Lebensraum*) en las regiones eslavas del este de Europa, como habían proclamado reiteradamente la propaganda y los programas nacionalsocialistas. El 14 de octubre de 1933, Alemania abandonó la Sociedad de Naciones. En enero de 1935, recuperó el Sarre tras un plebiscito. El 15 de marzo de ese año, Hitler repudió de forma expresa el Tratado de Versalles, restableció el servicio militar, anunció la formación de un ejército de medio millón de hombres y reveló la existencia de la Luftwaffe, la fuerza aérea alemana, y planes para la construcción de una nueva marina de guerra.

La política exterior de la Italia fascista, la Italia de Mussolini, terminó por su parte por romper el equilibrio internacional. En cuanto lo creyó posible, la Italia fascista procedió a la realización de la que era su gran ambición: la creación de un nuevo Imperio romano que incluiría Libia, Somalia, Eritrea y Albania —donde Italia ejercía el protectorado desde 1927—; Abisinia, donde Mussolini aspiraba a vengar la derrota de Adua de 1896; Niza, Córcega, algunas islas del Dodecaneso, tal vez una Croacia y una Eslovenia independientes bajo su tutela, y, si era posible, territorios en Oriente Medio, Egipto y Sudán. Italia preparó la ocupación de Abisinia (Etiopía) desde 1932. Un choque entre tropas etíopes e italianas en el oasis de Walwal, ocurrido el 5 de diciembre de 1934, le dio el pretexto. Un formidable ejército italiano de unos trescientos mil hombres, con aviones, carros de combate y armas químicas, invadió Abisinia, sin declarar la guerra, el 3 de octubre de 1935: las tropas italianas entraron en Adís Abeba, la capital del país (que en adelante quedó incorporada a la llamada «África Oriental Italiana»), el 5 de mayo de 1936.

Más aún que Manchuria, Abisinia puso de manifiesto la total incapacidad del sistema internacional para prevenir y castigar la guerra. La Sociedad de Naciones, reunida en asamblea el 7 de octubre de 1935, acordó declarar a Italia agresor e imponer san-

ciones económicas contra ella. Tardó, sin embargo, más de un mes en hacer efectivo el embargo, que excluyó además productos esenciales como el petróleo, el acero y el carbón; Alemania y Austria ignoraron el acuerdo; Italia siguió abasteciendo a sus tropas desde sus colonias en Eritrea y Somalia; Gran Bretaña no cerró el canal de Suez al tráfico italiano. La comunidad internacional no supo reaccionar con firmeza ante lo que estaba ocurriendo. Ante la llegada de Hitler al poder, Francia, la débil Tercera República, impulsó su tesis tradicional del aislamiento de Alemania y de su cercamiento a través de la colaboración con Gran Bretaña, la aproximación a Italia y la activación de una política de alianzas con países del este europeo (a cuyos efectos, en 1933 estrechó lazos con la Pequeña Entente de Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia, y en 1934 y 1935 preparó pactos con Polonia y la Unión Soviética). Gran Bretaña, absorbida por sus problemas coloniales (la India, Palestina), condicionada por una opinión pública mayoritariamente pacifista y por la existencia de círculos influyentes proclives al entendimiento con Alemania, aunque se mostró dispuesta a apoyar a Francia en caso de agresión directa e inició un prudente rearme, trató de eludir la confrontación directa con Hitler y descartó la idea de ir a una nueva guerra europea por problemas que se derivaran de los conflictos en el este de Europa (como se pondría de relieve en la crisis de Checoslovaquia de 1939).

Gran Bretaña y Francia optaban por lo que enseguida empezaría a conocerse como «política de apaciguamiento» hacia los dictadores. En diciembre de 1935, se reveló un posible pacto de ambos países sobre Abisinia —que no llegó a materializarse por el escándalo que provocó la revelación—, que preveía entregar a Italia las dos terceras partes de Abisinia a cambio de asegurar a este país una salida al mar. En marzo de 1936, tomando como pretexto la aproximación entre Francia y la Unión Soviética, tropas alemanas ocuparon, entre el entusiasmo de la población, la zona desmilitarizada del Rin, un acto que destruía literalmente el

Tratado de Versalles, que prohibía explícitamente la militarización de la región. Gran Bretaña no hizo nada; buena parte de la opinión pública vio incluso la ocupación como un derecho de Alemania. Francia se limitó a reforzar su estrategia defensiva en la zona, ampliando la línea de fortificaciones que venía construyendo desde 1929.

Italia y Alemania colaboraron ya en la guerra civil española (1936-1939), apoyando abiertamente el levantamiento del general Franco contra la Segunda República, el régimen democrático proclamado, como se indicó, en 1931. Gran Bretaña y Francia, por cuya iniciativa la Sociedad de Naciones creó un Comité de No Intervención con sede en Londres, trataron de «localizar» el conflicto e, impulsando una política de neutralidad y de no intervención, impedir que la guerra española pudiera desembocar en una conflagración europea. La no intervención fue una burla: Alemania e Italia, que en teoría habían aceptado la resolución, violaron el acuerdo enviando armas, soldados y asesores a Franco (70.000 soldados italianos; unos 10.000 técnicos, expertos y aviadores alemanes); la República española solo recibió ayuda de la Unión Soviética. El resultado fue desastroso. Aunque en muchos sentidos fuera un régimen malogrado, la República había abordado entre 1931 y 1933 la solución de los que se creía eran los grandes problemas (agrario, militar, religioso y territorial) que habían condicionado y obstaculizado la evolución de España, según un proyecto que ambicionaba hacer de España un país moderno y democrático, limitar el poder del ejército y la influencia de la Iglesia, promover una educación liberal y laica, y rectificar el centralismo estatal concediendo la autonomía primero a Cataluña y eventualmente al País Vasco y Galicia. La victoria de Franco en la guerra civil, guerra de violencia y dureza inusitadas prolongada en una represión atroz, conllevó, por el contrario, la instauración de un Estado nuevo basado en los principios de orden, autoridad y unidad de los militares, en el pensamiento social de la Iglesia y en las ideas nacionalistas y fascistas de Falange y la ultraderecha: Estado

fuerte, caudillaje militar, unidad y recatolización de España, rituales y símbolos fascizantes, exaltación de la hispanidad y del Imperio español, principios socialcristianos, nacionalismo económico.

El uso de la fuerza determinaba la política internacional. Seguridad colectiva era, a la altura de 1936, un concepto inoperante. En octubre de ese año, Hitler y Mussolini proclamaron el Eje Berlín-Roma y, una vez que Italia abandonó la Sociedad de Naciones, suscribieron, ya en marzo de 1939, una alianza formal, el llamado «Pacto de Acero»; Japón, que, como veíamos, declaró la guerra a China en 1937, se les incorporó al año siguiente. El peligro de una nueva guerra mundial era ya evidente. La política de apaciguamiento la hizo, contra lo que creyeron sus inspiradores, probablemente inevitable. Gran Bretaña y Francia terminaron por aceptar prácticamente sin protesta alguna la unión de Austria y Alemania, proclamada por Hitler el 13 de marzo de 1938, tras la entrada de fuerzas alemanas en el país, pretextando que la seguridad austriaca estaba amenazada por la agitación interior. En Checoslovaquia, nuevo objetivo, ya en agosto de 1938, de la estrategia alemana y donde el pretexto de intervención era la agitación independentista que desde 1934 había estallado en la región de mayoría alemana de los Sudetes, la claudicación fue aún mayor. En la reunión que los cuatro grandes (Chamberlain, primer ministro británico; Hitler; Mussolini, y Daladier, el primer ministro francés) celebraron en Múnich el 29 de septiembre de 1938, se dio de hecho plena satisfacción a las exigencias nazis: se acordó transferir los Sudetes a Alemania, parte de Rutenia a Hungría, y Teschen a Polonia, a cambio de la garantía de los cuatro de la independencia de Checoslovaquia, que ni siquiera fue consultada previamente. Hitler y Chamberlain —que, al hilo de la crisis checa, había establecido una diplomacia de relación directa con el Führer que consideraba básica para la paz— proclamaron al día siguiente su voluntad de no ir jamás a la guerra.

Múnich fue, como dijo Churchill en la Cámara de los Comunes británica, «una derrota sin guerra», no «la paz para nuestro tiempo» que había proclamado Chamberlain. El 15 de marzo de 1939, Alemania, pretextando ahora el problema creado por las aspiraciones a la autodeterminación de la región eslovaca, invadió Checoslovaquia, puso Eslovaquia bajo su protección —con un régimen encabezado por el líder del nacionalismo eslovaco, el obispo católico Jozef Tiso— y transformó Bohemia y Moravia en un protectorado alemán. El 21 de marzo, Alemania se anexionó la ciudad de Memel, antiguo puerto prusiano asignado a Lituania por el Tratado de Versalles. Días después, Hitler reiteró los derechos de Alemania —en ese momento, tras todas las anexiones, ya un país de 79,5 millones de habitantes— sobre Dánzig y el corredor polaco, región con fuerte población alemana asignada a Polonia en Versalles para permitirle el acceso al mar. Gran Bretaña y Francia optaron por abandonar las tesis del apaciguamiento y garantizar la integridad de Polonia en caso de agresión; garantizaron también la independencia de Grecia y Rumanía, amenazadas tras la ocupación de Albania por Italia en los primeros días de abril. Era ya inútil. El 23 de agosto de 1939, Alemania y la URSS firmaron un pacto de no agresión (pero que incluía cláusulas secretas para una nueva partición de Polonia), pacto desconcertante y muy peligroso (un cheque en blanco para Alemania), impulsado por Alemania y que la URSS aceptó a la vista de que no se había contado con ella en Múnich. El 1 de septiembre, el ejército alemán invadió Polonia y ocupó Dánzig. El día 3, Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Alemania. La Segunda Guerra Mundial había comenzado.